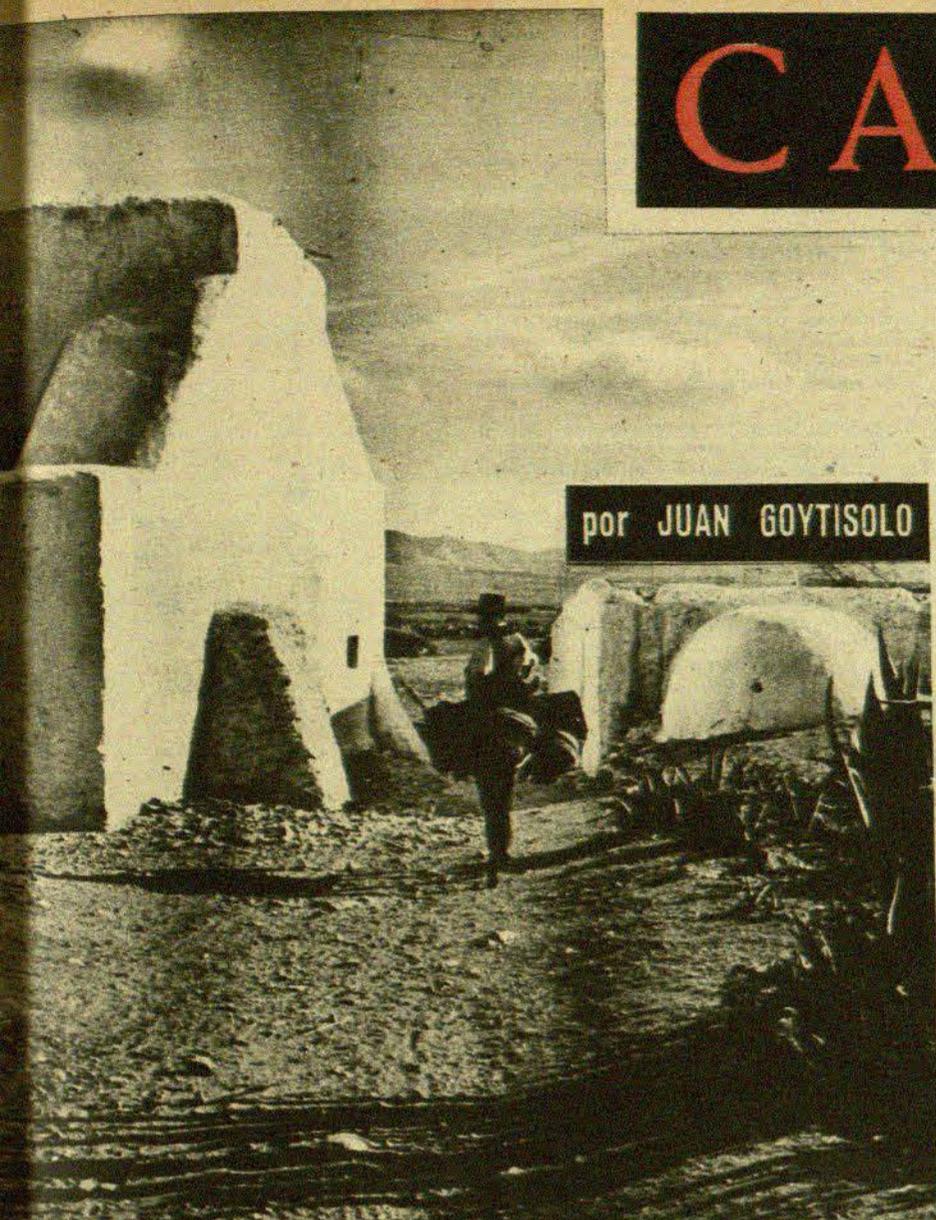


CAMPOS DE NIJAR

por JUAN GOYTISOLO



Carretera de Almería a Níjar. Abundan las alquerías, blancas, con su pozo cubierto

HABIA dicho a la patrona que me despertase de alborada con el sano propósito de ver despuntar el sol sobre la sierra, pero las sábanas se me pegaron más de lo debido. Los felices trabajadores a domicilio hemos abandonado la costumbre de madrugar para ganar el pan y el autor de estas líneas se levanta a la hora en que el guadapero lleva el serillo del almuerzo a los segadores.

—Ha perdido usted el autocar —dice la mujer, algo escandalizada—. Salió hace ya mucho rato y hasta mañana no hay ninguno.

El perezoso paga cena y cama bajo su mirada desaprobadora y, una vez en la calle, se mete en la primera barbería. Si tuviera que caracterizar el sur en tres palabras citaría seguramente a las barberías junto a los niños y a las moscas. Todos los pueblos de Murcia y Andalucía rivalizan en número y, a juzgar por mi experiencia, su horario es muy elástico. Una noche, en Guadix, conté dieciséis y entré en la décimoséptima cuando eran las once tocadas. La de Níjar es más misera aún que las guardijeñas y, mientras el barbero me enjabona la cara me entretengo mirando el mosquero, los frascos vacíos y un ventilador que luce en la rinconera, de adorno.

—¿A cuántos kilómetros queda Lucainena?

—A diez, debe estar...

—¿Y Carboneras?

—Lo menos a veintisiete. Como no tenga usted auto...

Yo digo que voy a pie y el barbero explica que Lucainena, Carboneras y Turrillas son



DESTINO se complace en ofrecer a sus lectores unos fragmentos del relato «Campos de Níjar», en el que el joven novelista barcelonés Juan Goytisolo da fe de sus correrías y vagabundeos por esta región, situada en el extremo sudeste de la provincia de Almería, «una de las más injustamente olvidadas —dice el autor— de toda la geografía de España».

pueblos sin interés y no vale la pena visitarlos.

—Además no encontrará un alma por allí. Mejor que dé usted media vuelta y tire hacia el Cabo de Gata.

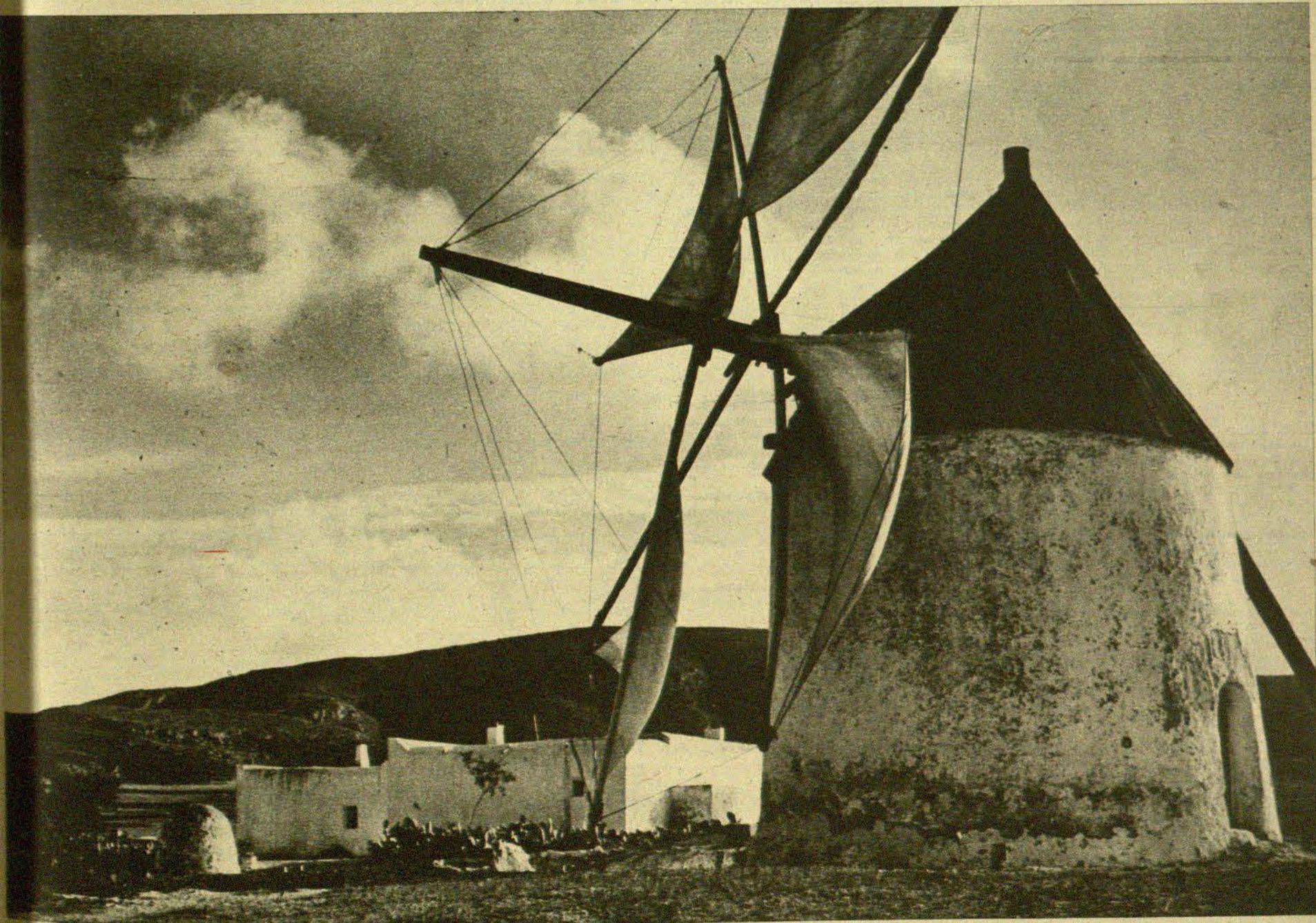
—Queda lejos también.

—Lejos, sí está. Pero es más curioso que Carboneras y le será fácil parar algún auto.

El barbero se expresa con el acento cantarrín que tienen a menudo los hombres de la provincia y, al acabar su trabajo, me pone un poco de talco en la barba.

—¿Cuánto es?

—El señor me debe seis reales.



A veces el paisaje se humaniza...

El sol castiga duro a aquella hora y, como el domingo no hay camiones, ni carros, sigo los consejos del barbero y echo a andar en dirección a Gata.

El camino es el mismo que tomé al venir pero, en lugar de seguir la calle hasta el surtidor de gasolina y continuar por la carretera comarcal, tuerzo a la izquierda por la antigua entrada del pueblo y serpenteo entre los muros de piedra seca hasta la puerta del camposanto.

A la derecha, las montañas se entrelazan hasta perderse de vista en el horizonte. A la izquierda, son las tierras albaras del llano, cultivadas a trechos y estumadas por la calina. Por poniente bogan nubecitas vedijosas. Las cigarras zumban en los olivares. Encampanado en el cielo, el sol brilla sobre el campo de Nijar.

La carretera se ciñe a la forma caprichosa de los balates y, al llegar al cruce, repecha la cuesta, deja atrás el poste de gasolina, aterriza en el llano. La pareja de civiles que

Por la ventanilla del coche asoma una cabeza de mujer, colérica, con la nariz despeleada.

—Je te l'avais dit quarante fois. Toute cette région là c'est le désert. Maintenant essaie de trouver de l'eau. Cela t'apprendra à m'emmener dans des pays pauvres.

—Voux-tu la fermer —dixe exasperado el hombre.

Junto al talud hay un viejo con una chaqueta raída y, al oírle, el corazón me da un brinco en el pecho. Aunque tiene la cara medio oculta bajo el ala del sombrero, barrunto que es el mismo que, la vispera, me ofreció las tunas en el mercado.

—Explíquele que hay un pozo a dos kilómetros de aquí —dice sin reconocerse.

—Il dit qu'il y a un puits à deux kilomètres d'ici.

—De quel côté?

—Hacia que dirección?

El viejo se incorpora y veo sus ojos azules.

el cesto, lleno de chumbos hasta los bordes.

—Quince docenas. Se las doy gratis.

—Se lo agradezco mucho, pero...

—No debe agradecerme nada. Nadie las quiere. Tengo mi mujer en la cama, con fiebre. Necesito ganar dinero y ¿qué hago? Cojer varias docenas de tunas e irme al pueblo, imbécil que soy! La gente prefiere que le pidan limosna en la cara.

El viejo deja caer las palabras lentamente, con voz ronca, y se vuelve hacia mí.

—¿Las sabe usted cortar?

—Sí.

—Entonces, venga. Le daré un tenedor y un cuchillo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Estarán un poco calientes, pero es igual. Frías, tampoco tientan a nadie.

En la linde de la carretera hay una higuera amarilla y raquítica, pero da alguna sombra. Nos sentamos en el suelo y el viejo me tiende el cuchillo y el tenedor.

—Coma usted las que quiera. Igual tendría que echarlas.

Yo digo que saben distinto que en Cataluña y el viejo calla y se mira las manos.

—Prefiero éstas. Son mucho más sabrosas.

—Lo dice usted para ser amable y se lo agradezco.

—No, Es la pura verdad.

Con el cuchillo corto los extremos de la tuna y rajo la corteza por en medio. Al levantarme sólo había bebido un mal café y descubro que tengo hambre.

—Cuando era niño, en casa, las tomábamos por docenas.

El viejo me observa mientras como y no dice palabra.

—Mi padre nos prohibía mezclarlas con la uva porque decía que las pepitas malcasaban en el estómago y provocaban un corte de digestión.

El viejo ahora, se mira atentamente las manos.

—Tengo dos hijos que viven en Cataluña —dice.

La música monocorde de las cigarras pone sordina a sus palabras. En la llanura el sol brilla como un tumor de fuego.

—Cuando era joven, mi mujer quería que fuésemos muchos. La pobre pensaba que estaríamos más acompañados al llegar a viejos. Pero ya lo ve usted. Como si no hubiéramos tenido ninguno.

—¿Dónde están?

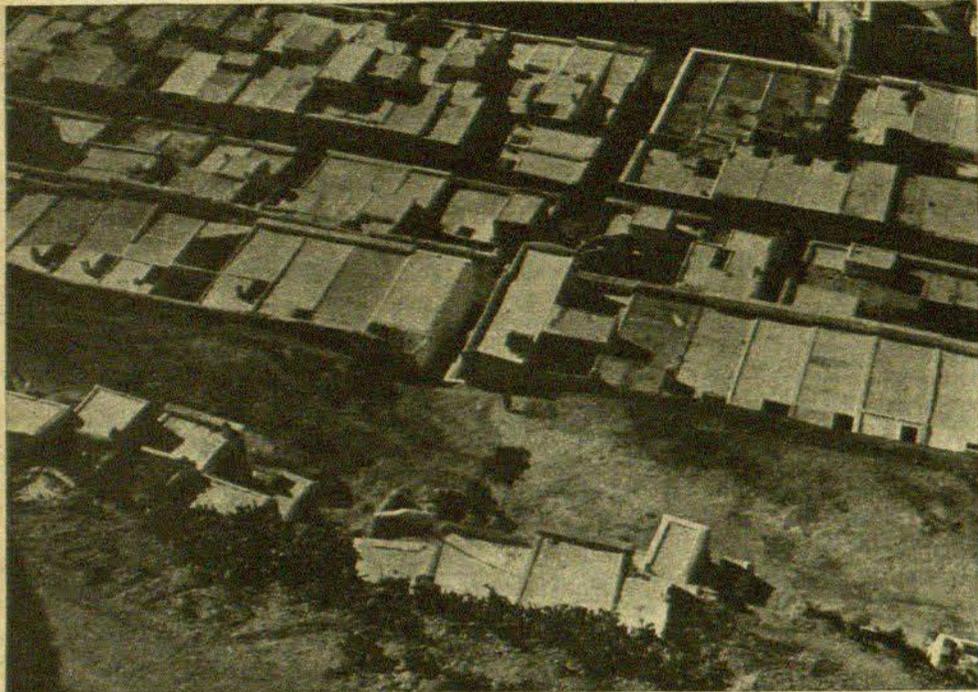
—Fuera. En Barcelona, en América, en Francia... Ninguno volvió del servicio. Al principio nos escribían, mandaban fotografías, algún dinero. Luego, al casarse, se olvidaron de nosotros.

El viejo sonríe con gesto de fatiga. Sus ojos azules parecen desteñidos.

—El mayor no era como ellos.

—¿No?

—Desde pequeño pensaba en los demás. No en su madre, su padre o sus hermanos, sino en todos los pobres como nosotros. Aquí la gente, nace, vive y muere sin reflexionar. El no. El tenía una idea de la vida. Su madre



En Almería, vistos desde arriba, los techos de las chabolas se alinean como fichas de dominó...

está de facción en el teso me contempla mientras me alejo del oasis de verdor que varios siglos de trabajo silencioso y anónimo han logrado crear junto al pueblo y me interno en el desierto que lo rodea, por un paisaje rudo, sin hombres, árboles, ni agua.

El camino es recto, parece que no tenga fin. El arbolado ralea poco a poco. Los últimos acebuches son aparrados y canijos y, al desaparecer ellos también, me encuentro solo en medio de un mar de arcilla, sin más brújula que el anegador reverbero del sol sobre la carretera.

Al cabo de media hora de marcha el calor se hace insoportable. La llanura se cuece entre espirales de calina. Las cigarras zumban amodorradas. El propio viajero —que, desde que vive en el norte se ahila y desmedra como las plantas privadas de luz y es un apasionado del sol— siente el agobio del trayecto y empieza a buscar un trocito de sombra donde tumbarse.

No hay ninguno y continúa todavía un buen rato. A lo lejos se divisa la carrocería brillante de un automóvil, parado al borde de la cuneta. Debe estar a poco menos de un kilómetro y el chófer camina por el alquitranado.

En la tierra parda, los henequenes suceden a las chumberas. Un culebrón asoma su astuta cabeza entre las zarzas y luego se desvanece. A la izquierda hay un cortijo en alberca con la consigna del Instituto, MAS ARBOLES, MAS AGUA, escrita con alquitrán sobre el muro.

El automóvil está ahora a trescientos metros y el hombre parece esperarme, apoyado en el guardabarros. Al poco, descubro que no va solo y veo otro, sentado al pie del talud. En el campo de henequenes, un mozo desmocha terrones con la azada. Un tordo alirrojo se posa en las chumberas del camino. Las nubecillas condensadas en la sierra se aborregan. La calina ondea sobre el llano.

El coche es un «Peugeot 403» y lleva matrícula de París. Su conductor —hombre rubio, de una cuarentena de años— va vestido como explorador de película, con pantalones cortos de color caqui y camisa blanca. Sólo le falta el casco.

—Pardon, señor. Est-ce que vous savez «dónde agua» —dice cuando llego junto a él.

—Je ne sais pas: c'est la première fois que je prends cette route.

El hombre amarga la vista con cierta sorpresa. El sudor le chorrea por la cara.

—J'ai oublié de mettre de l'eau dans le réservoir et je suis en panne —añade al cabo de unos instantes—. Il n'y a aucune fontaine aux environs?

—Je ne sais pas mais ça me paraît un peu difficile. De l'eau, ici...

—C'est embêtant. Voilà plus d'une heure qu'on attend et encore on n'a pas vu de baignole.

canzados. Son los mismos de ayer pero, ahora, ya no imploran nada.

—¿Ve usted aquel cerro detrás de las chumberas?

—Sí.

—Al otro lado hay un cortijo donde encontrará agua.

Traduzco las indicaciones del viejo y el turista abre la puerta del coche.

—Il paraît qu'il y a un puits là-bas.

La mujer hace como si no le oyera y se abanica furiosamente con el periódico.

—Au revoir —nos dice el hombre—. Muchas gracias.

El viejo y yo continuamos por la carretera. El sol aprieta fuerte y mi compañero lleva un cenacho enorme en el brazo.

—Habla usted muy bien el español —dice al cabo de cierto tiempo.

—Soy español.

—¿Usted?

—Sí señor.

El viejo me mira como si desbarrara.

—No. Usted no es español.

—¿No?

—Usted es francés.

—Hablo francés, pero soy español.

El viejo me observa con incredulidad. Para la gente del sur la cultura es patrimonio exclusivo de los extranjeros. Un francés hablando perfectamente diez idiomas sorprende menos que un español chapurreando un mal gabacho.

—Mire —digo echando mano al bolsillo—. Aquí está el pasaporte. Lea. Nacionalidad: española.

El viejo da una ojeada y me lo devuelve.

—¿Dónde dice que vive usted?

—En París.

—¡Ah!... lo ve... —exclama triunfalmente.

Entonces es usted francés.

—Español.

—Bueno. Español de París.

Su conclusión es irrefutable y renuncio a la idea de discutir. Durante unos minutos caminamos los dos en silencio. La carretera parece alargarse indefinidamente delante de nosotros. El viejo lleva el cenacho cubierto con un trozo de saco y le pregunto si aún le quedan tunas.

—¿Tunas? ¿Por qué?

—Ayer por la tarde ¿no estaba usted en Nijar?

—Sí señor.

—Es que me pareció verle allí en el mercado.

—¿Y todavía dice usted si me quedan tunas?

El viejo se detiene y me mira casi con rabia.

—Las que usted quiera. Tengas. Se las regalo.

—No le había dicho eso...

—Pues se lo digo yo. Cójalas. Y, si no le gustan, escúpalas. No me ofenderé.

Ha quitado el saco de encima y me enseña



y yo lo sabíamos y lo queríamos más que los otros ¿comprende?

—Sí.

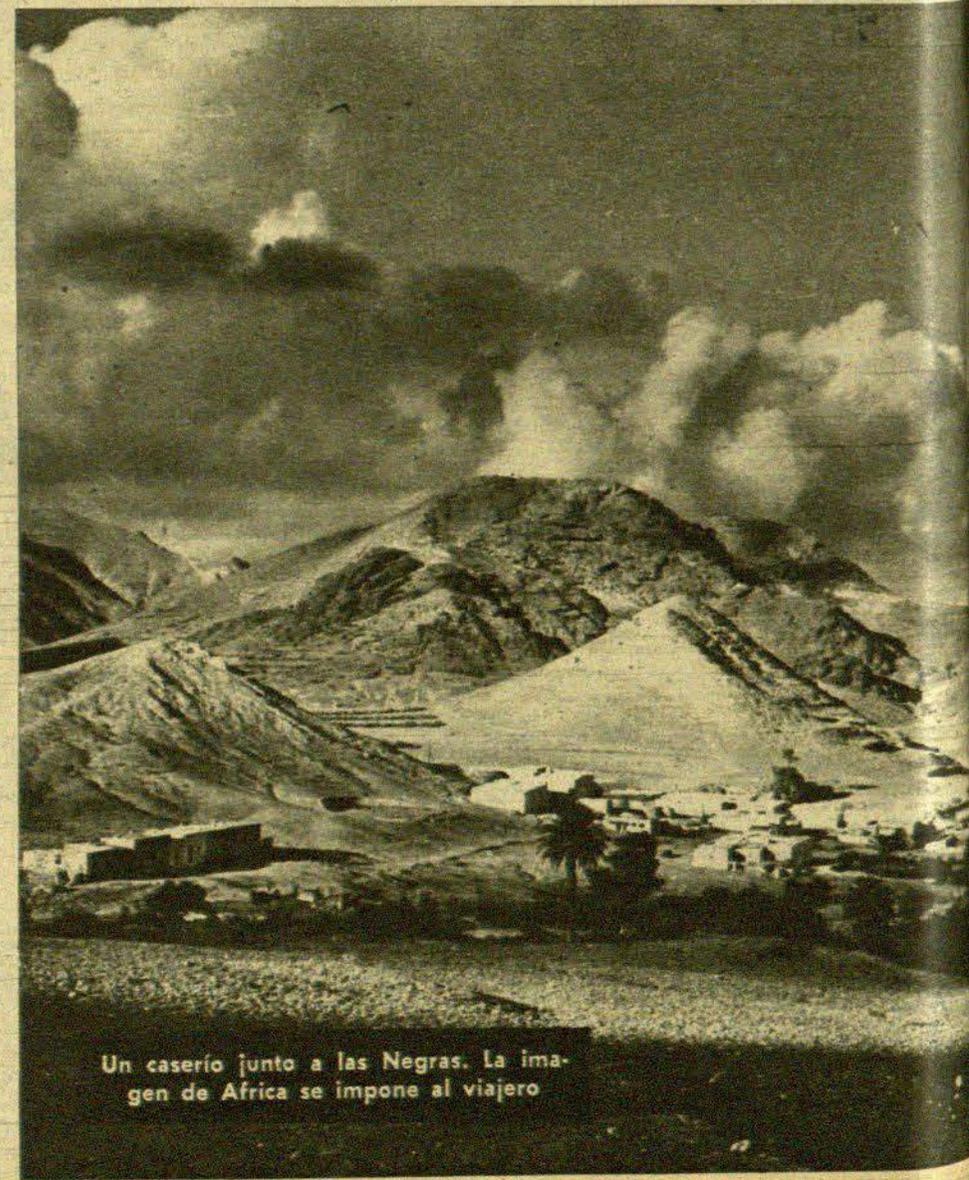
—Cuando hubo la guerra se alistó en seguida a causa de esta idea. No fue a rastras como muchos, sino por su propia voluntad. Por eso no lo lloramos.

—¿Murió?

—Lo maté un obús en Gandesa.

Hay un momento de silencio, durante el que el viejo me observa sin expresión. El viento levanta remolinos de polvo en el llano.

—En su país debe llover. Siempre he querido ir a un país donde haya lluvia pero nunca lo he hecho y ahora... Está ya duro el alcacer para sampónas...



Un caserío junto a las Negras. La imagen de África se impone al viajero

CONTRASTES

EL pasado domingo se llenó, por la mañana, uno de los mayores teatros de la ciudad para oír un concierto de modernísima música de jazz. El hecho de agotarse las localidades en un espectáculo de esta clase, que, según me dijeron, fue de gran calidad y de mucha categoría, me parece a mí un síntoma digno de toda estimación. He asistido alguna vez a estas manifestaciones musicales de ritmo y armonía negros, y me ha complacido el entusiasmo con que un gran sector juvenil acepta un arte seco, áspero y, en cierta manera, profundo, como una buena bebida. A mí me conforta esta clase de música y me compensa de otra clase de melodías azucaradas, sudorosas y positivamente estúpidas que, con marchamo celibérico, gitano, piemontés o partenopso, uno tiene la desgracia de oír cuando comete la imprudencia de abrir el botón de la radio. Y el éxito del concierto matinal del domingo me hubiese complacido todavía más si, unas horas después, no hubiese ocurrido lo siguiente: Me enteré que por la tarde, en el Palacio de la Música, se presentaba el gran violoncelista Pierre Fournier con un programa realmente tentador. Pensé que el solo anuncio de este solemne acontecimiento habría despertado a todas las personas sensibles que suelen despertarse en tales casos, y que me sería difícil, en aquellas alturas, adquirir una buena localidad, porque lo más probable era que ya todo estaba vendido. Con tal esperanza llamé a las cuatro de la tarde a la taquilla del Palacio de la Música, y cuál fue mi sorpresa cuando me dijeron que podía elegir la fila que quisiera y el número que quisiera de las butacas de patio, y que me la reservaban con mucho gusto hasta la hora del espectáculo. Pedí, pues, la fila más cómoda para mí, y a las seis y cuarto me presenté en el local.

La sensación que me produjo la sala, si no fue de un casi vacío, fue de una casi desolación; de una tal frialdad y ausencia de público más que inexplicables, tratándose de un domingo por la tarde y, sobre todo, tratándose de la magnífica audición que allí se ofrecía y que, en realidad, después de oír, hubo que reconocer que fue magnífica sin ningún reparo. En el descanso comenté con unos viejos amigos la lamentable ausencia de un público que debería estar presente, y nuestro comentario fue negro.

Treinta años atrás es evidente que un concierto como el de Pierre Fournier hubiese llenado el local, no un domingo por la tarde, sino cualquier día de la semana. Treinta años atrás, a muchos que todavía viven les hubiese parecido indigno de su nombre, su condición y su cultura no asistir a tal concierto, y a muchísimos que, desgraciadamente, ya no están con nosotros todavía les hubiese parecido más indigno.

Magnífico se me antoja este afán del público llenando locales y gastando dinero en toda clase de espectáculos. Estupendo que un concierto de jazz agote las localidades de un gran teatro, pero con una condición: que lo esencial, que lo perenne, que lo auténtico, que lo que realmente vale la pena y merece todos los respetos siga manteniéndose en el lugar que le corresponde.

En nuestro país, en Barcelona concretamente, ha ocurrido, y está ocurriendo cada vez con más intensidad, un fenómeno lamentable. En treinta, en veinte años han desaparecido de nuestro primer término y de nuestro horizonte urbano una cantidad copiosa de nombres responsables; se han diezmando lamentablemente las filas de una selección ciudadana, y esta pérdida no ha sido repuesta por las nuevas promociones. Me dirán que en todas partes ocurre lo mismo, pero yo contestaré que no es cierto. En las grandes capitales europeas la vanalidad y la grosería se adueñan de las masas, pero la calidad sigue disfrutando de todos sus derechos, y el color de la moda, que la propaganda hace estridente e insoportable, no anula la estructura ni la verdad de lo eterno. En París la música del más reciente excentricismo puede llenar las salas, el cine de la estupidez y la procacidad produce estragos, y los espectáculos frívolos devoran la atención del vulgo; pero, al lado de todo esto, los conciertos de Pierre Fournier siguen agotando todas las localidades, y para asistir al teatro de gran categoría hay que adquirir los billetes con días de anticipación.

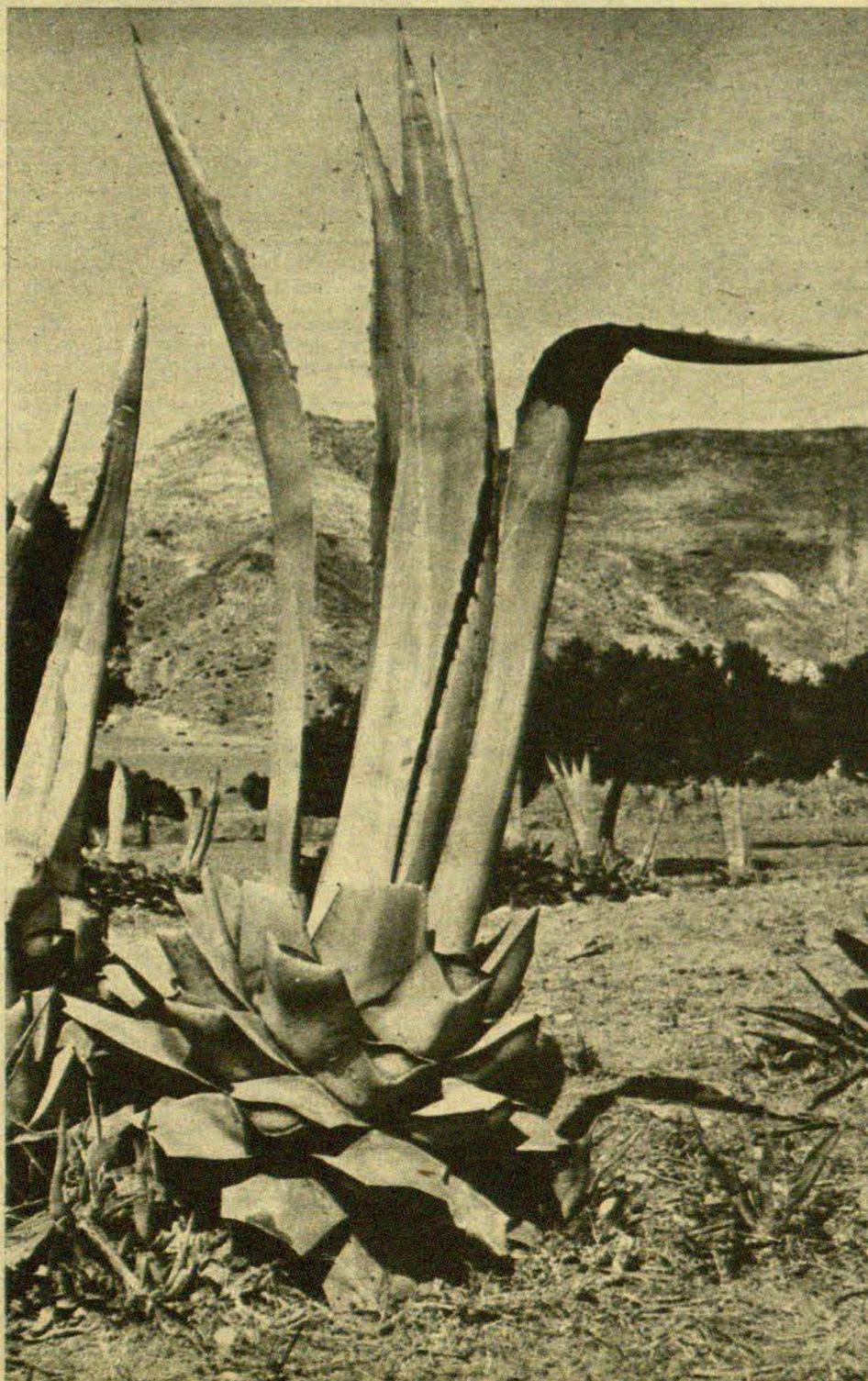
Aquí la cantidad y la capacidad adquisitiva del público cada año sufren un notable aumento. Yo puedo decir que a cada nueva temporada la recaudación de la Sociedad de Autores crece en una proporción satisfactoria; pero ¿a beneficio de qué clase de arte y de qué clase de espectáculos?

Sería muy triste una euforia producida por el fantasma de una cultura y de una prosperidad espiritual que consistiese en un monstruoso aparato externo de puro oropel, ocultando una total ausencia de nervio y una total ausencia de alma.



El Barranquete. Entre los pitas, los muros enjabelgados reverberan al sol

Las hojas son cortadas para aprovechamiento de las fibras



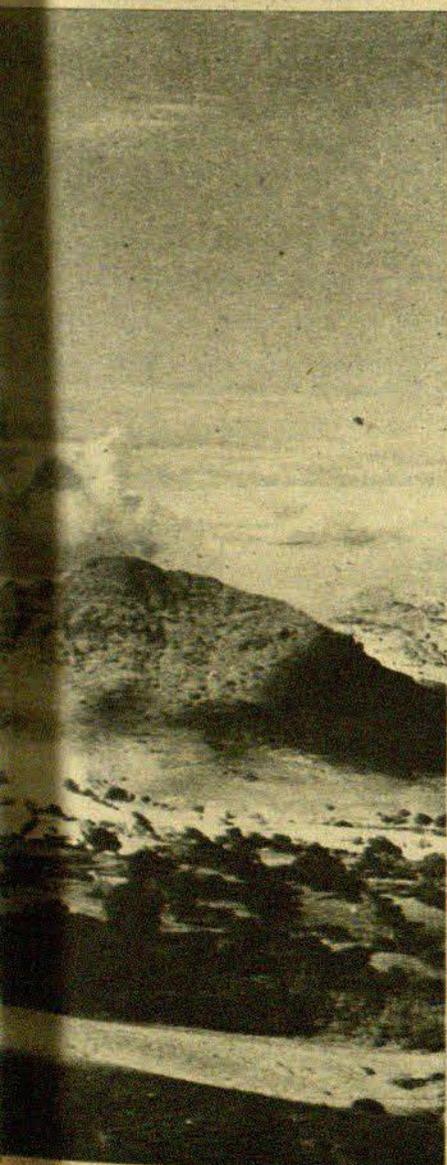
Las palabras salen difícilmente de sus labios y mira absorto a su alrededor.

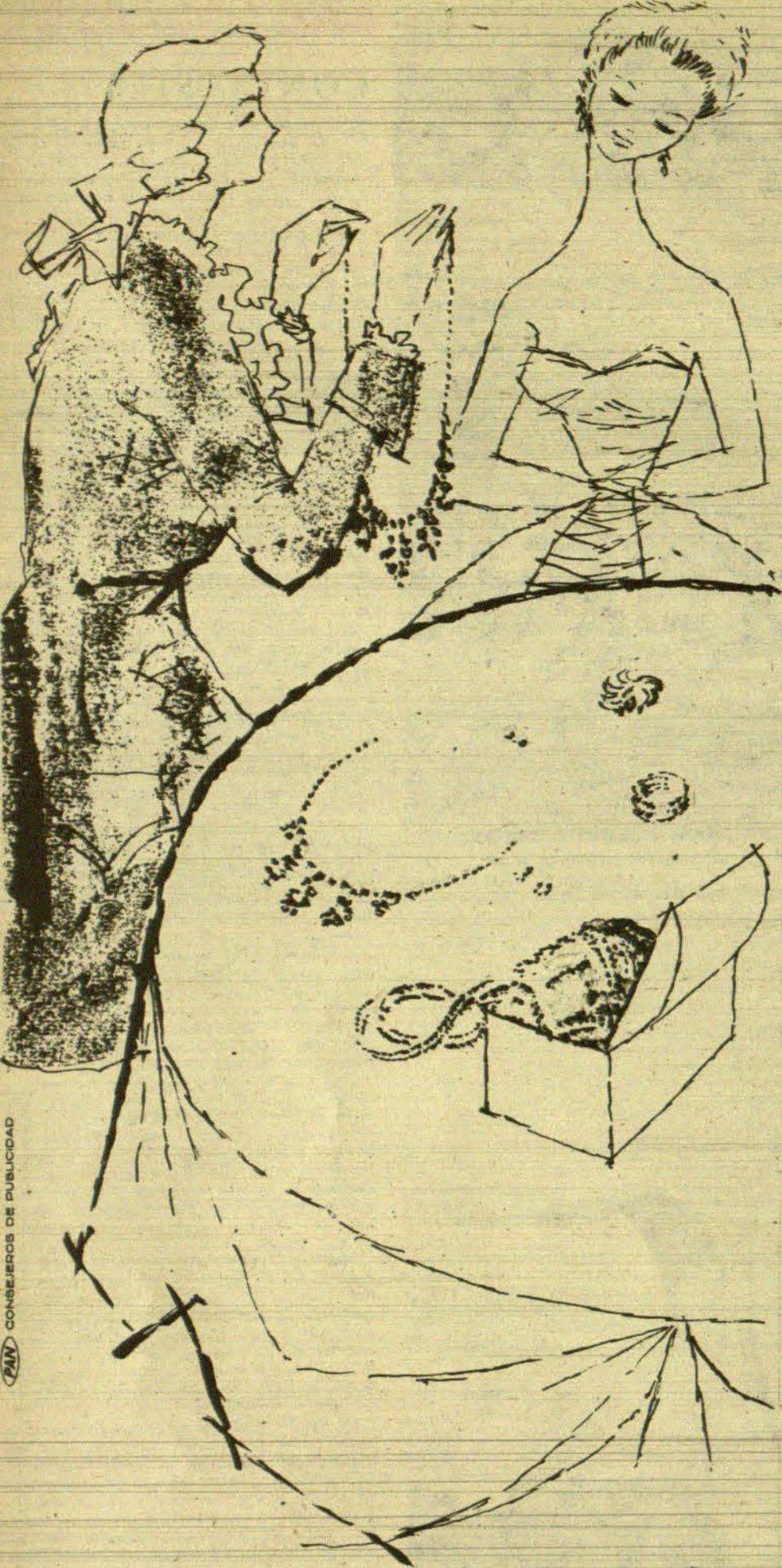
—Aquí han pasado años y años sin caer una gota, y mi mujer y yo sembrando cebada como estúpidos, esperando algún milagro... En verano se secó todo y tuvimos que sacrificar las bestias. Un borrico que compré al acabar la guerra se murió también. No se puede usted imaginar lo que fue aquello...

La llanura humea en torno a nosotros. Una bandada de cuervos vuela graznando hacia Ni... El cielo sigue imperturbablemente azul. El canto de las cigarras brota como una sorda protesta del suelo.

—Nosotros sólo vivimos de las tunas. La

(Continúa en la pág. siguiente)





PAIN CONSEJEROS DE PUBLICIDAD

Bagnés

JOYERIA
PLATERIA
RELOJERIA

PASEO DE GRACIA. 41 BARCELONA

CAMPOS DE NÍJAR

(Viene de la pág. anterior)

tierra no da para otra cosa. Cuando pasamos hambre nos llenamos el estómago hasta atracarnos. ¿Cuántas dijo que se comía usted?

—No sé, docenas.

—En casa hemos llegado a tomar centenares. El año pasado, antes de que mi mujer cayera enferma, le dije: «come, haz igual que yo, a ver si reventamos de una vez», pero los pobres tenemos el pellejo muy duro.

El viejo parece verdaderamente desesperado y, como hace ademán de escapar, me incorporo también.

—¿A cuánto las vende usted?

—No se las he vendido. Se las he regalado. Torpemente saco un billete de la cartera.

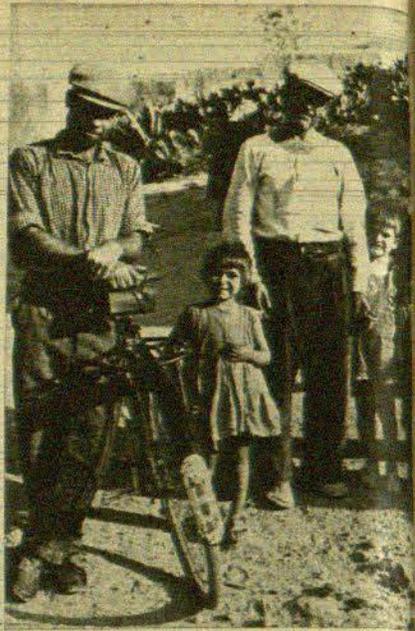
—Es una caridad —dice el viejo enrojeciendo—. Me da usted una limosna.

—Es por las tunas.

—Las tunas no valen nada. Déjeme pedirle como los otros.

Por la carretera pasa una motocicleta armando gran ruido. El viejo alarga la mano y dice:

—Una caridad por amor de Dios.



Gentes del campo de Níjar



Rambal Morales. Un grupo de mujeres, ataviadas como las mojaqueros, lavan la ropa en la fuente

Cuando reaccionó ha cogido el billete y se aleja muy tieso, con el cenacho, sin mirarme.

IX

El coche de línea de Carboneras sale de Almería a las cinco y media de la tarde. Don Ambrosio me había dejado en el cruce de Níjar y San José y, durante cerca de una hora, permanecí al borde de la cuneta, aguardándolo. La tempestad se condensaba sobre los picos de la sierra de Gata y, paralelamente, sentía dentro de mí una saturación extrema... la conciencia de haber llegado al límite como una cuerda que se rompe por haberla estirado demasiado. Sentado en la linde del camino acechaba las nubes foscas. El cielo era como un océano embravecido y en el campo había uno de esos silencios expectantes que preceden a la explosión de la tormenta: bandas de pájaros volaban a ras del suelo, el aire estaba embebido de luminosidad. Todo anunciaba la inminencia del estallido y, a medida que el tiempo transcurría, aumentaba también mi necesidad de desgorgarme.

Revivía los incidentes de mis tres días de viaje y la idea de lo que no había visto to-

davía —o me había pasado inadvertido a la vez— me abrumaba. Había comenzado a bajar alegremente la pendiente y descubría pronto que no tenía fin. Don Ambrosio, el viejo de las tunas, Sanlúcar, Argimiro, la ta podía alargarse aún. En cada pueblo encontraría gentes parecidas. Unos me hablarían alzando la voz y otros bajándola. Y el escenario siempre sería el mismo... y mi lera y su desesperanza.

Cuando el autobús apareció en el horizonte, empezaba a llover. Me incorporé de la cuneta agitando los brazos y el chófer frenó y abrió la puertecilla.

—A Carboneras.

—Sí señor.

—Suba.

Me acomodé en uno de los asientos de atrás y el coche arrancó de nuevo. Los viajeros me observaban con curiosidad. Eran diez o doce, y sus rostros me resultaban tan familiarmente familiares, como vistos ya en otros autobuses de la provincia, camino de otros pueblos.

—Se ha salvado usted de milagro.

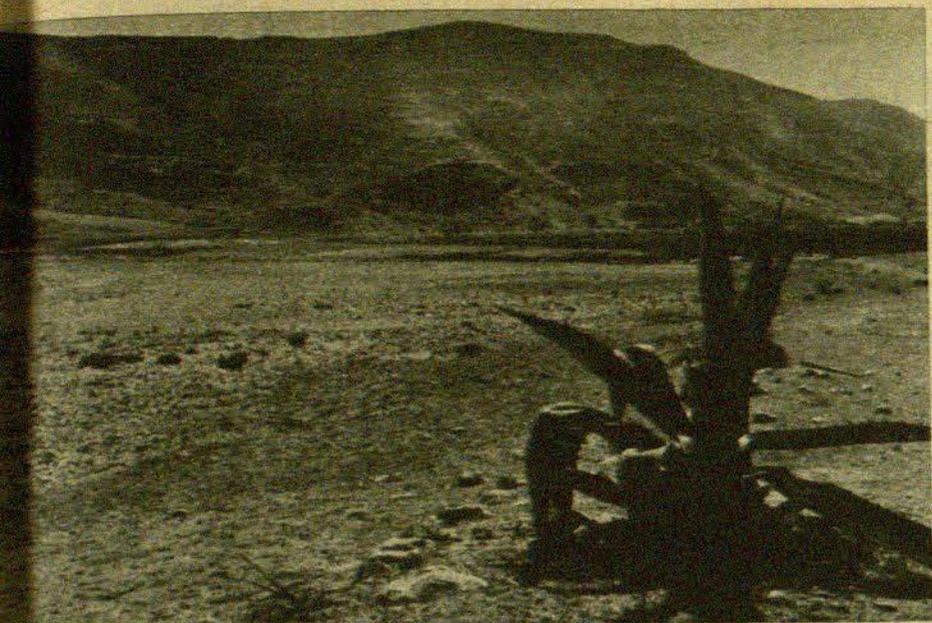
—¿Decía?

—¿No ve usted cómo llueve?

El turbión se desencadenaba con furia



Uno plaza en Níjar



Llano yermo junto a Rodaquilar

contemplé a través de los vidrios salpicados de barro. El cielo era de color jalde, los pájaros habían desaparecido y el agua convertía la llanura en una inmensa charca cristalina.

—Fijese de qué color viene la lluvia...
—Al que le pille fuera lo pone perdido.
—Es el polvo que hay. ¿Se da usted cuenta? Yo continuaba con la nariz pegada a los cristales... tenía llorar también y que mis lágrimas resbalaran por la mejilla, sucias y coloridas. El coche se detuvo a la entrada de Nijar. Dos días antes había recorrido el camino a pie con José y sus camaradas y me parecía que desde entonces habían transcurrido dos siglos. Miraba al puesto de los cilindros, el surtidor de gasolina, las misiones acapaladas por la tormenta, y tenía la impresión de haber soñado.

—¿Viste esta hoyita? —señaló mi vecino—. Hace unos años el coche volcó allí al dar la vuelta y hubo un montón de muertos. Dime que el conductor iba bebido.

El autobús avanzaba prudentemente y el paisaje se deslizaba triste y lívido, iluminado a trechos por el resplandor de los remanidos. Entre Nijar y Carboneras hay varios kilómetros de tierras rojas, de las que se extrae la granatilla. Lavado y cribado, el mineral pasa a unos depósitos que de lejos recuerdan, a causa del color, esos campos de Murcia y Levante donde en verano ponen a secar los pimientos. El chófer había frenado para recoger al capataz de la mina y el viaje prosiguió, más irreal que nunca, a través de montañas lunares y grises, parameras y canchales.

—Los Arejos!
No se apeó nadie. El autobús parecía el Buque Fantasma: un Buque Fantasma que flotaba entre los picos de la sierra, prisionero del barro y de las nubes. La radio estaba encendida a toda potencia y emitía un extrano baránda de sonidos que cubrían hasta ahogarla— un aria de ópera italiana. Transcurrieron varios minutos.

—Bueno. Ya llegamos.
En Almería, cuando se menciona Carboneras, la gente toca madera y se santigua. Supersticiosamente muchos evitan pronunciar el nombre y hablan del pueblo en perifrasis: «Este puerto que queda entre Garrucha y Aguas Amargas». «Este sitio que no se puede decir» y otras frases por el estilo.

Como para mantener lo bien fundado de la leyenda, la estampa que ofrecía después del turbión se ajustaba exactamente a la que la imaginación popular le atribuía. La mayoría de las casas estaban cerradas, los habitantes se escurrían por las calles como sombras y el mar embestia contra la playa, negra y enfurecido.

El autobús bordeó el cementerio y el monumento a los Caídos por Dios y por España. Una pareja de civiles rondaban con el mosquetón en bandolera. Vi a una mujer con bozo con un chiquillo panzudo y a un muchacho espigado que daba la mano a un ciego. Había cesado de llover y algunos viejos se asomaban a mirar a las puertas de las casacas.

El chófer se detuvo en la plaza, frente al Dispensario Antitracomatoso. Contorneando los muros del Castillo me acerqué a ver el mar. La playa estaba desierta y el viento azotaba el casco varado de las trañías. La casa se alejaba en escorzo hacia los acantilados de Playa de los Muertos y Punta de Media Naranja. En dirección a Garrucha los lavabos emergían teñidos de espuma. El pueblo parecía replegado sobre sí mismo, como un caracol dentro de su concha y, al volver a la plaza, busqué una taberna y pedí un litro de vino.

—¿Jumilla?

—Sí, Jumilla.

En el lugar había sólo dos hombres de mediana edad, pequeños y como arrugados y, al oírme hablar con el patrón se habían acercado a mi mesa y se presentaron en seguida. El uno era aguador y el otro aperador.

si tenía familia por allí y cuanto tiempo pensaba quedarme.

—El país es pobre, pero hermoso —decía el aperador.

—En España no hay el adelanto de otras naciones pero se vive mejor que en ningún sitio —decía el azacán.

—Los extranjeros, en cuanto pueden, se vienen pa'quí.

—En Andalucía, con el sol y un poquito de na, se las arregla usted y va tirando...

Hablaban monótonamente, como si salmodiaran una letanía y yo tenía que hacer un esfuerzo para escuchar. Quería decirles que, si éramos pobres, lo mejor que podíamos desear era ser también feos: que la belleza nos servía de excusa para cruzarnos de brazos y que para salir de nosotros mismos debíamos resistir la tentación de sentirnos tarjeta postal o pieza de museo.

—Por esto me gusta Almería. Porque no tiene Giralda ni Alhambra. Porque no intenta cubrirse con ropajes ni adorno. Porque es una tierra desnuda, verdadera...

Pero ellos seguían hablando de cante y toros, de sol y gachías, y agarré la botella de Jumilla. La tempestad había desfogado su cólera y yo seguía a cuestas con la mía, y el corazón me latía con fuerza y la sed me quemaba la garganta. Bebí un vaso y otro y otro y el dueño de la taberna me miraba y, al acercarse a servirme otra botella, me enjugué la cara y le dije:

—Es una gota de lluvia.

Toda la tarde estuve vagando por el pueblo sin saber adónde me llevaban los pasos. El cielo era de color gris, las calles parecían vacías y recuerdo que permanecí varias horas, sin moverme, acostado en la playa.

Unos niños rondaban alrededor mío a respetuosa distancia y, al levantarme, oí decir a uno:

—Parece que se le ha muerto alguno. Mi madre lo ha visto llorando.

entre unos y otros

PEQUEÑO CALIDOSCOPIO

Los molestos. — El rey de Jordania, Hussein, que lo tiene todo arreglado en su gran reino, económica, política y culturalmente, está aprendiendo la alta escuela de desliz, de momento con los esquíes en los Alpes suizos. • La octava sentencia de muerte que sufre el gangster - escritor Caryl Chessman, fija su ejecución para el 19 de febrero. Pero el hombre todavía sigue pesando sobre la justicia yanqui. Dice imperturbablemente: «Yo no he dicho aún mi última palabra». • El niño mimado internacional Baby Pignatari recibió como regalo de Navidad: diez maletas piel de cocodrilo, un coche Bentley, otro Rolls Royce, y otro Mercedes, seis conjuntos de esquí, tres vestidos de «cow-boy» y sesenta pantalones de seda. • Peter Townsend se ha casado por fin con María Luz

minutivo, a nadie se le hubiera ocurrido llamar a Stalin «José». • El rey Feysal de Irak, asesinado en 1958, mandó hacer, poco antes de su muerte, dos tronos dorados a una firma de Londres, que después no sabía qué hacer con ellos. Ahora la han avisado que el general Kasem, actual presidente del país, mantiene el pedido, y que ya pueden mandarle los solemnes sillones. • Sir Edmund Hillary, el conquistador del Everest, intentará la subida a otro pico virgen de los Himalaya, Makalu (8.507 metros), y esto sin aparatos de oxígeno. • Batista, ex dictador de Cuba, recluta desde la República Dominicana soldados y oficiales alemanes y austriacos, ex nazis. Condiciones: experiencia guerrera, condecoraciones por valentía, grado máximo de capitán. Paga: 200 dólares mensuales. • R. Mc Clintock, embajador americano en Líbano, presentó sus excusas ante el Gobierno de este país por haber aparecido el día de la fiesta libanesa en el estrado oficial acompañado de su perro.

Cifras. — A pesar de la propaganda anticancerosa, los americanos han fumado este año 20 mil millones de cigarrillos más que el año pasado. • La puesta de largo de Charlotte Ford, hija del magnate de automóviles, ha costado seis millones de pesetas. • Según las estadísticas del Lloyd, hay 36.211 buques mercantes en el mundo. El diez por ciento de ellos navegan bajo el pabellón de Liberia, escogido no tanto por razones de honor como por las facilidades de contribución y ta-



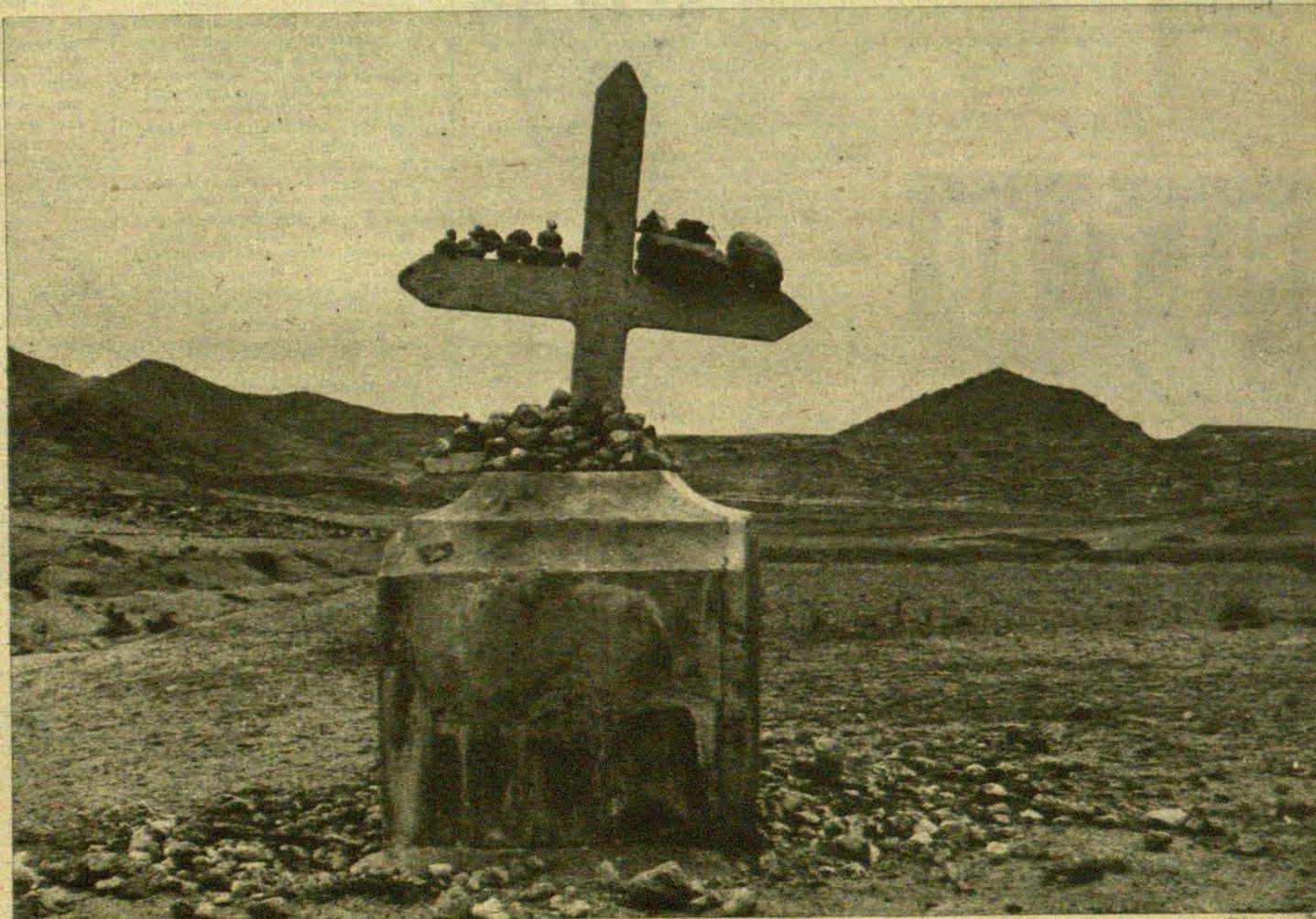
jamagne, y se supone que con esto desaparecerá para tiempo de las noticias del día. Sin embargo, no ha podido mantener secreto el lugar de su boda, a pesar de todo su odio contra los periodistas.

Los grandes. — Con motivo del 80 aniversario de Stalin, el periódico «Izvestia», de Moscú, escribe, entre otras cosas, muy comedidas en alabanzas, que mientras a Kruschev le llaman por su nombre, e incluso con di-

scas. • Hasta ahora, la O.N.U. comprende 82 naciones. Para el año 1960 se fichan como candidatos, entre Camerún, Togo, Nigeria y Somalia. Como próximos miembros se prevén: Chipre, Rodesia, Nyassa, Tanganika, Uganda y Congo Belga. • En EE. UU. hay 50 millones de aparatos de televisión, con 500 emisores. • El Presidente de Guinea, Seku Ture, volvió de su gira por América y Europa con regalos que ascienden a 135 millones de pesetas. • Las Memorias del general De Gaulle (tercer tomo) se vendieron en dos meses unos 150.000 ejemplares. • 3.593 compositores han presentado sus composiciones para el nuevo himno nacional de Nigeria. El Jurado, perplejo, ha pedido refuerzos.



El noviazgo. — Los periódicos soviéticos piden el restablecimiento de la institución del noviazgo: «Si quiere usted comprar un coche, no puede ponerse al volante sin el permiso de conducir; pero si quiere fundar una familia, puede hacerlo en veinticuatro horas». Hablando de matrimonio, un periódico ruso define también el tipo de novias indeseables para la sociedad soviética: «Si eres mujer que piensa demasiado en las vacaciones, en aparatos de televisión, coches y «dachas» (villa de recreo) o en joyas, caerás seguramente en la categoría de las indeseables».



De Nijar a Carboneras, en lo que abarca la vista, no se ve un solo árbol